

Prólogo a la edición italiana de «Pro Segundo Manifiesto Comunista»

Desde la publicación, en Francia, de este manifiesto, se nos ha cuestionado, no sin peroratas: *¿Qué necesidad hay de un segundo manifiesto comunista?* También hay algunos que ven una profanación en el título. Esto último no merece una respuesta, excepto porque nos remite a la objeción anterior.

Marx y Engels -vale la pena recordar- eran irreprimibles iconoclastas, incluso en relación con ellos mismos, porque no existe otra manera de escapar de la compartimentalización del sistema cerrado. El primero respondió a quienes le hablaban de los marxistas de Europa continental: «No soy marxista». Así estableció tácitamente una definición a-dogmática del pensamiento revolucionario, que hoy en día es muy poco comprendida. Engels, por otro lado, expresó cómo él y Marx se habían puesto a trabajar a pie de obra sobre una gran cantidad de materiales que necesitaban ser desarrollados. Ahora es necesario añadir los materiales que ha generado desde entonces la lucha de clases mundial. Por lo tanto, estamos llevando a cabo deliberadamente una profanación. Sólo importa una cosa: saber si se alinea o no con la larga continuidad de todas las profanaciones que ha cometido el pensamiento revolucionario, y que no puede evitar cometer para no asfixiarse. El texto de «Pro Segundo Manifiesto Comunista», que les invitamos a comparar con el texto clásico, es en sí mismo una respuesta. Sin embargo, para tranquilizar a quienes lo necesitan, se deben especificar algunos puntos importantes.

Desde la época posterior a la fecha en que Marx y Engels escribieron, el capitalismo se ha ido completando como un sistema mundial. Lo que habían pronosticado se ha cumplido en gran medida. La diferencia de grado entre las diferentes áreas del globo no es más significativa que la que existe dentro de un mismo país. Mientras tanto, el capitalismo en Europa Occidental y Estados Unidos, Rusia y Japón, ha alcanzado un grado de concentración industrial y financiera que, después de derribar todas las barreras nacionales, está agarrando al mundo entero por el cuello.

Al mismo tiempo, los instrumentos de producción, lejos de aprovechar al máximo sus capacidades técnicas, más las que permiten los conocimientos científicos del conjunto humano, siguen siendo limitados e incluso débiles, salvo los relacionados con la guerra. Pero el obstáculo a lo que será la más vertiginosa y revolucionaria de su expansión ya no está en las barreras nacionales, mil veces aplastadas económica y militarmente, y hoy tan artificiales que el propio capitalismo planea eliminarlas, al menos en parte.

No, se enfrenta a un obstáculo que ninguna penetración financiera, ningún ejército, ninguna vocinglería «socialista» de las que contabilizan debe y haber, puede superar, porque no es otra cosa que los límites mismos del sistema actual de producción y distribución. Sin poner fin a la venta y compra de

hombres y productos, es decir, al trabajo asalariado y a la producción de bienes que fortalecen la forma capitalista de los instrumentos de trabajo, es imposible que estos últimos logren la expansión incalculable e ilimitada que conllevan y que el hombre necesita. De ahí que nuestro Manifiesto hable de malthusianismo [para referirse a los «treinta años gloriosos» que siguieron a la guerra] donde los falsarios tanto del bloque occidental como del Este dicen «sociedad de la abundancia».

En convergencia con la saturación económica y no menos enfermiza del mundo, la saturación militar que alimenta -y que es también su centinela- proclama irrefutablemente el fin del período progresivo de la civilización capitalista, su actual negatividad y su decadencia. Lo que la guerra moderna puede hacer en pocos minutos, destruir la sociedad y sus componentes, el funcionamiento capitalista está en camino de hacerlo día a día, lenta e inexorablemente. En todos los aspectos y sin eximir a ningún país, nos enfrentamos a la urgente necesidad de unir a los explotados para la acción conjunta contra las armas y las estructuras económicas de sus respectivos Estados.

Tomar en cuenta esta situación no prevista en el Manifiesto de 1848 no es menos importante que poner en la picota las tendencias pseudo-comunistas y pseudo-socialistas de hoy en día. El *socialismo burgués y pequeñoburgués*, el *socialismo alemán* y el *socialismo feudal* criticados por Marx y Engels eran fenómenos efímeros y su influencia en la clase obrera era casi nula. La situación es muy diferente con lo que todavía se llama comunismo y socialismo hoy en día. Emergiendo como verdaderas tendencias obreras, lograron desplegar un control cada vez más negativo sobre el proletariado internacional, política y sindicalmente, a medida que sus ideas e intereses le daban la espalda al objetivo revolucionario. Casi todo el mundo sabe ahora que los partidos de la IIª Internacional han tirado por la borda incluso el objetivo reformista, satisfechos de acompañar con un paso difícil la involución del capitalismo occidental, y a menudo sirviendo de estribo al capitalismo oriental. Incluso le dieron líderes como Walter Ulbricht, Santiago Carrillo y algunas docenas más.

El falso *comunismo* es ahora incomparablemente más pernicioso porque su naturaleza es mucho menos conocida. No es un colaborador o seguidor de la democracia capitalista, aunque pueda, como un camaleón, tomar este y otros colores, especialmente cuando no ocupa todo el poder o cuando se esconde. Por sí misma es propietario de todos los principales capitales industriales y financieros, a través del Estado, desde Europa Central hasta el Lejano Oriente. Tiene a cientos de millones de proletarios directamente bajo el yugo del trabajo asalariado y su dictadura política. Una vez más, como entidad económica y como bloque militar, constituye la segunda potencia imperialista. Todo esto lo hace, no un representante de la clase obrera, sino de la contrarrevolución desarrollada bajo Stalin, que sus seguidores están tratando de estabilizar. Del mismo modo que Marx y Engels denunciaron el *socialismo feudal*, una contradicción en los términos, en nuestro tiempo también podríamos usar el contrasentido denunciando el *comunismo capitalista* o el *comunismo contrarrevolucionario* por oposición al comunismo del proletariado consagrado a las exigencias materiales, políticas y culturales de la Humanidad.

Nuestro manifiesto se limita, hasta ahora, a seguir el camino de Marx y Engels, *mutatis mutandis*. Su originalidad comienza en el capítulo del imperialismo y la independencia nacional, que relega al mundo del engaño interimperialista todas las luchas, guerras, guerrillas patrióticas dondequiera que aparezcan actualmente en Vietnam, mañana en Ucrania, Manchuria, Angola o Venezuela. No hay otra posibilidad para la lucha nacional que el cambio de amo. Las leyes de la economía capitalista de hoy hacen de la independencia nacional una quimera. Estos señores de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (reunidos en La Habana, bajo la égida de Castro) son burgueses tan atrasados como stalinistas. Se apresuran a participar en la explotación de sus connacionales, que sólo pueden obtener como propina por los servicios prestados a cualquier imperialismo. Su propia consigna, *Patria o Muerte*, ataca de frente el lema revolucionario *Los proletarios no tienen patria*. Lo mismo se puede decir, pero descendiendo un paso hasta el nivel racial, del *Poder Negro* de algunos intelectuales negros americanos. Son incapaces de postular y organizar la lucha común de los trabajadores de todas las razas en los Estados Unidos ni en ningún otro lugar.

De las 10 medidas revolucionarias propuestas para los países avanzados por el Manifiesto de 1848, sólo las tres últimas, ampliadas y adaptadas a los recursos modernos, pueden servir ahora como norma general. Por lo tanto, era esencial especificar, como se hace en nuestro texto, las medidas para expropiar el capital y administrar la producción y la distribución, así como el mecanismo económico y político para eliminar el trabajo asalariado y las clases sociales. El Manifiesto de 1848 no estaba en condiciones de hacerlo, ni tampoco la *Crítica del Programa de Gotha*.

De hecho, una vez que los instrumentos de trabajo hayan sido devueltos a la sociedad, el potencial técnico de la producción alcanzará picos tan altos que el hambre impuesta hoy por el precio de la mano de obra no cualificada desaparecerá a corto plazo, y la distribución de los productos se acercará rápidamente a la de una sociedad comunista. La división entre el trabajo manual e intelectual pronto desaparecería, tiempo necesario para proporcionar educación técnica y superior para todos. Y la enorme reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario que permite la ciencia al servicio del hombre, liberaría energías e inteligencia para el desarrollo de la cultura en sus múltiples aspectos, esbozando en el horizonte el libre desarrollo de cada individualidad.

En este momento, el proletariado parece estar lejos de querer seguir este camino, pero es una pura ficción erigida por los muros políticos y sindicales que lo mantienen rodeado, también con la ayuda de las leyes y políticas capitalistas. Es decir, los muros levantados por los falsificadores del comunismo y el socialismo, o simplemente por el obrerismo reaccionario de los sindicatos estadounidenses, ingleses y de otros países. Lo que está latente en el pensamiento y la intuición del proletariado sólo se hace visible cuando derriba los muros que lo frenan y actúa como clase. En estas circunstancias, aplica medidas como las que aquí se indican o se dirigen hacia ellas. Así actuó en España en 1936 y 1937, en Grecia (1944) y en Hungría (1956), a pesar de la ausencia de partidos revolucionarios adecuados. Actualmente, la constitución de estos puede desencadenar, a partir de un determinado volumen numérico,

una irresistible ofensiva proletaria, la más profunda y extensa de la historia. Lo más probable es que sea la decisiva, la explotación sólo se mantiene gracias a la maquinación conjunta del capitalismo occidental y oriental, ya sea que se devoren entre sí o cohabiten.

Nuestro manifiesto sigue aportando algo de la mayor trascendencia a la teoría y la práctica revolucionarias. En 1848, Marx y Engels confiaron al estado, modificado todavía a la manera hegeliana, la tarea de transformar la sociedad. La convulsión en la Comuna de París los llevó a reconocer que el estado capitalista no podía ser utilizado de ninguna manera, y que, por el contrario, se había vuelto esencial destruirlo, la primera medida revolucionaria. El cuerpo de poder resultante tenía que unificar todos los poderes en sus manos y salvaguardar la marcha continua hacia el comunismo frente a los intentos de restauración de las clases expropiadas. Sin embargo, la experiencia de la revolución rusa de una manera, y de otra la revolución española, nos ha enseñado ¹ que el Estado propietario sólo puede comportarse, sea cual sea su composición humana y su estructura constitucional, como un capitalista colectivo.

Este hecho es uno de los principales factores de la contrarrevolución stalinista en Rusia, y el factor decisivo en la victoria de Franco en España. En una palabra, la experiencia, el maestro supremo del pensamiento revolucionario, nos ha hecho comprender que la transición del capitalismo al comunismo, durante el llamado período de transición, debe ser presidida por la clase obrera como un cuerpo social en rápida marcha hacia la desaparición de las clases. Ponerlo en manos de cualquier organización, estado, partido o sindicato, siempre producirá los resultados más negativos. Por lo tanto, nuestro texto subordina la desaparición del Estado y cualquier peligro contrarrevolucionario, externo o interno a la clase proletaria, a la supresión de la ley del valor. Esta gigantesca tarea es imposible de cumplir, excepto por los propios interesados, que deben gobernar todo el sistema económico y la vida en general. El estado post-revolucionario, el *estado obrero*, en lugar de ser el organizador del comunismo, debe permanecer subordinado a este último enfoque y ser privado de poder sobre la economía.

Esta es la única garantía de su extinción. Entonces el fuego de Prometeo, el árbol de la ciencia, arrancado definitivamente del más poderoso de todos los dioses –el Dios Capital y su socio ² el Dios Estado– pertenecerá, sí, a cada hombre, a cada mujer.

G. Munis Noviembre de 1967

1. Sobre el primero, me remito al artículo «Revolucion ninguna» publicado en Alarma número 9, segunda serie, inédito en francés (y al libro «Parti Etat, Stalinisme, Révolution», publicado por Spartacus). Sobre el segundo, ver el capítulo «La economía» en el libro «Jalones de derrota: promesa de victoria», también inédito en francés.↵

2. El Paraíso es un dios que siempre acompaña a otro, y viceversa, por eso Isis y Osiris, Jesús y María...↵